

Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam.

El calor atrae el silencio. Enrique y yo salimos de la facultad y caminamos. Me alegré que no hablara porque yo no sentía la necesidad de platicar. Las gentes caminaban amodorradas y yo adivinaba un secreto deseo de acostarse en el suelo e imaginar que estaban en la arena. Una ola pequeña les mojaba los pies. Mediodía en la playa: el cuerpo expuesto al sol, dorándose, y el sudor resbalando, pegándose a la arena fresca.

Sucedió al fin una tarde como esta, hace un año, en un verano parecido: tiempo imprevisible, días largos, repetición de todas las cosas. Sin embargo, me parece que fue hace mucho tiempo, en una edad olvidada, irreconocible, no transcurrida. Pudo haber sido hoy pero casi estoy seguro que pasó, que está sucediendo mañana.

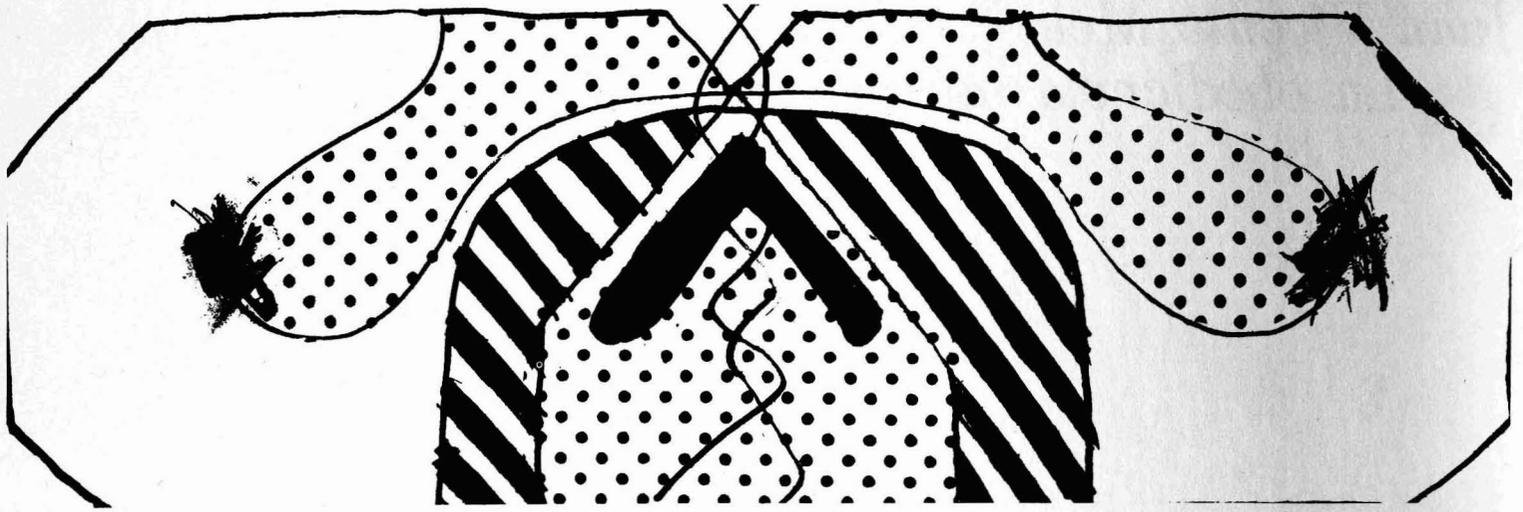
Había vuelto a las clases a pesar de mi decisión (¿cuál? Simplemente no quería ir porque no tenía nada que hacer en ese edificio sucio, en esas aulas oscuras, con esos libros que no me interesaban. Pero estaba Enrique y él me había mirado. Me pregunto: ¿por qué, de pronto, se deshizo de sus vasallos y me otorgó preferencia? Lo cierto es que comencé a mirar a los demás con orgullo, sabiéndome el triunfador, el favorito. Sus ojos estuvieron clavados sobre mis orejas y una cierta incomodidad me obligaba a desperezarme, a seguir con atención las palabras del profesor, haciendo un esfuerzo por no dormirme. Estaba el aire pesado).

* Nos detuvimos a contemplar algunos escaparates, yo con cierto fastidio y él tratando de adivinar algo que pudiera gustarme. Pero, a mí, sólo me gustan las cosas que no sirven para nada. Una vez compré unos tirantes. No uso tirantes. Pero los compré, después de elegir entre diez, de probármelos, de estirarlos, sabiendo que mis pantalones no tienen botones para tirantes. Los sacaba del ropero, entre las camisas y los calcetines, y los miraba, haciéndolos sonar como látigos. Tenían rayas azules y blancas. Odio las bufandas pero compré dos: una roja y otra negra, que extendiendo sobre la cama, entre las almohadas y simulando ahorcarme con ellas. Pasamos frente a un cine y, contra su costumbre, Enrique no me obligó a ver las fotografías de la película ni el anuncio de los próximos estrenos. No dijo, como otras veces, "esta no la perdemos. Dicen que es muy buena".

Esperaba con curiosidad el regalo que me tenía destinado para esa ocasión y me esforzaba por anticiparle mi profundo desagrado (aunque no mi inevitable sorpresa, porque Enrique nunca deja de asombrarme). Ahora será un libro, me decía en el preciso momento en que me mostraba aquella corbata, la horrible cor-

bata que pudo ser la que Graciela arrojó por la ventanilla del coche cuando íbamos a la fiesta de Leonor. Si pensaba en un disco me daba un llavero, o una de las reproducciones que debe tener en su cuarto (Me gustaría estar en ese cuarto, conocerlo, saber cómo ordena sus libros y su ropa), o una cartera, la bufanda que llevaba puesta y que a mí no me servía para nada. Terminaba por recibir los regalos con ostensible indiferencia y una secreta, inmensa alegría —¿Por qué me daba cosas Enrique? ¿hacía lo mismo con Marcos o los vasallos?— Yo guardaba los regalos apresuradamente, ante su desconcierto, casi sin verlos, mientras gozaba sabiendo que él sufría. Luego, sólo en mi cuarto, los acariciaba. Nunca los utilicé porque sabía que me habían sido dados para ser escondidos, para que nadie los viera. Me preguntaba con su vocecita que de pronto se volvió llorosa, lastimera: "¿Te gusta?" y yo sentía un irresistible deseo de decirle que no. Esa tarde lo miraba caminar con su aire de perrito desamparado que pretende hacerse suficiente con su traje elegante, huyendo de los estudiantes que iban a la facultad, de los turcos que insistían en mostrarnos sus mercancías amontonadas en escaparates sin vidrios. Esa tarde se me ocurrieron tres cosas: 1] decirle que ya no quería ser su amigo —no sé por qué exactamente. 2] preguntarle por qué había dejado de ser el rey Enrique y le dolía la cabeza y lloriqueaba a la menor ocasión; 3] asegurarle que ya no quiero que me regale nada. En cierto modo, el regalo no me importaba. Había decidido que no se puede vivir dependiendo de un regalo. Pero no sé por qué tenía que aceptarlo. Todo esto es ridículo, pero también lo son la ciudad, Enrique que repite que le duele la cabeza, yo, las gentes que caminan a nuestro lado. Ya no tenía miedo: aquello iba a llegar y estaba preparado. Pero uno no puede permitirse ciertas cosas. Como sufrir, por ejemplo, porque Enrique no va a regalarme nada, porque todo el tiempo me anuncia que le duele la cabeza, porque ha dejado de ser el rey y se humilla. Como sufrir, por ejemplo. Sufrir por nada: es todo lo que se me ocurre ahora.

Esperamos en silencio el cambio de luz del semáforo y, cuando íbamos a cruzar, me tomó del brazo. Puedo sentir todavía el roce primero y luego el brevísimo apretón. Puedo ver cómo me retiré, bruscamente, ante su espanto, sin poder contener el súbito desagrado que me causó ese contacto. Veo su boca abierta y sus ojos azules a punto de llorar (¿Por qué, Enrique, que ostentabas tu poder frente a los demás? En ese momento quisiera haberle preguntado a Marcos qué había pasado). Siento aún el calor de su mano apretándome el brazo y la quemadura que me produjo. Me oigo decir, con una voz que no era la mía: "No me gusta que me toquen", mientras Enrique se retira, asustado, pero preparando ya el nombre de Beatriz, resistién-



dose a pronunciarlo. Me miró y se dio cuenta que mis ojos no lo reflejaban. Creo que el Enrique de entonces y el de ahora, pensaba en la felicidad y prefería ignorar ciertas cosas con objeto de no mentir. No me reconoció; yo tampoco a él. Por eso es importante saber lo que hacemos o lo que decimos; no hay que llegar, jamás, a reconocerse en los otros.

Tuvimos que detenernos a mitad de la calle porque la larga hilera de automóviles nos impedía ganar la otra esquina. Estoy seguro que tuve la tentación de detener el tiempo (Hoy es ayer, hoy es mañana. Nada es presente) a fin de permanecer ahí, de no seguir caminando al lado de Enrique. Volví a tener el presentimiento que una desgracia irreparable iba a suceder y que, si me negaba, podría evitarse. Traté de encontrar un espacio entre los automóviles. "Cuidado es peligroso", creo que dijo, asustado. Al fondo, la mole de la catedral parecía tambalearse. Grandes nubes blancas cruzaban el cielo y yo sudaba. Pero, como si todas las cosas estuvieran de acuerdo, el mundo se detuvo. La luz descendía sin acabar de caer sobre mi cara, resolviéndose en gotas de sudor que se amontonaban en la frente y ahí se quedaban pegadas. Los automóviles, el interminable detenimiento esperando el cambio de luz del semáforo, una simple sustitución de colores, que permite avanzar y librarse de esa insoportable y condescendiente espera incómoda. El aire: vapor asfixiante que se intensifica con el silencio, con el perfecto equilibrio de todas las cosas. Y nosotros: uno al lado del otro. Entonces comprendí que había sido feliz, que a pesar de todo lo que hiciera o dijera había sido feliz, que a pesar de todo lo que pensara había sido feliz y que ya nunca más lo sería. El zócalo, ese amplio, enorme lugar que tanto me gustaba, era un sitio adverso. La catedral, un enemigo al acecho que, de pronto, podría derrumbarse y aplastarme. Las casas eran ridículas y las gentes feas. Todo se puso en movimiento: torbellinos de polvo levantaban faldas y herían los ojos. Cruzamos la calle. Era como si hubiera transcurrido un año, un ayer, un mañana, algo menos hoy.

Enrique se sentó en un banco mientras una de las campanas de la catedral sonaba desagradablemente. Estaba pálido y abrazaba sus libros. Esperé un momento y, sin saber por qué, también me senté. No hablamos. Alguien dijo, al pasar "Es tarde", y me di cuenta que había oscurecido. Enrique hizo un ligero movimiento. Si se acerca, le pego, le rompo la cabeza como al perro tigre. Tosió. Si me pide perdón, le pego, le rompo la cabeza como al perro tigre. Si me pregunta algo, le pego.

Eso fue todo. Pero no estoy muy seguro. Acaso —y es lo más probable— lo que dijo fue: "Quiero que entres conmigo. Tienes que obedecerme". Y lo seguí. Caminamos por una de las naves. Nuestros pasos resonaban, lentos, acompasados. Oía a incienso

y a flores. No había nadie. Entonces apareció el gran resplandor, se dejó oír, estruendosamente, la música del órgano, Beatriz había nacido.

Enrique se detuvo, se hincó e hizo la señal de la cruz. "¿Crees en Dios?" No, no creo. Pero eso también es mentira. Padre nuestro que estás en los cielos. Sí, creo, creo, necesito creer. Luego, Enrique escondió el rostro entre las manos. Todo esto había sucedido ya antes, en otra ocasión. Estaba pasando mañana. Nada es presente. Enrique me obligó a arrodillarme a su lado y me señaló el altar mayor. Angeles rosados y azules descendían entre guirnaldas de flores, transparentes, sonrientes. El corazón me latía con fuerza y la música resonaba dentro de mi cráneo, bailaba en las orejas, me golpeaba el estómago. Entonces dije:

—Marcos.

Y el nombre era una solicitud de ayuda. Pero el nombre era cierto. El otro sonrió. El resplandor crecía, obligándome a cerrar los ojos.

—Me llamo Enrique. Marcos me ha ordenado que hiciera esto. Pero puedes llamarme por su nombre. Marcos quiere decir lo mismo que Enrique. Somos la misma persona y yo solo Dios verdadero. Fue él —Dios padre— quien ordenó y yo —el Hijo— tengo que transmitir su mandato. Tú debes limitarte a obedecer.

Los ángeles se evaporaron en un estallido y se comieron las guirnaldas. Quedó una mancha multicolor que avanzó hasta mis ojos, lenta, seguramente tibia.

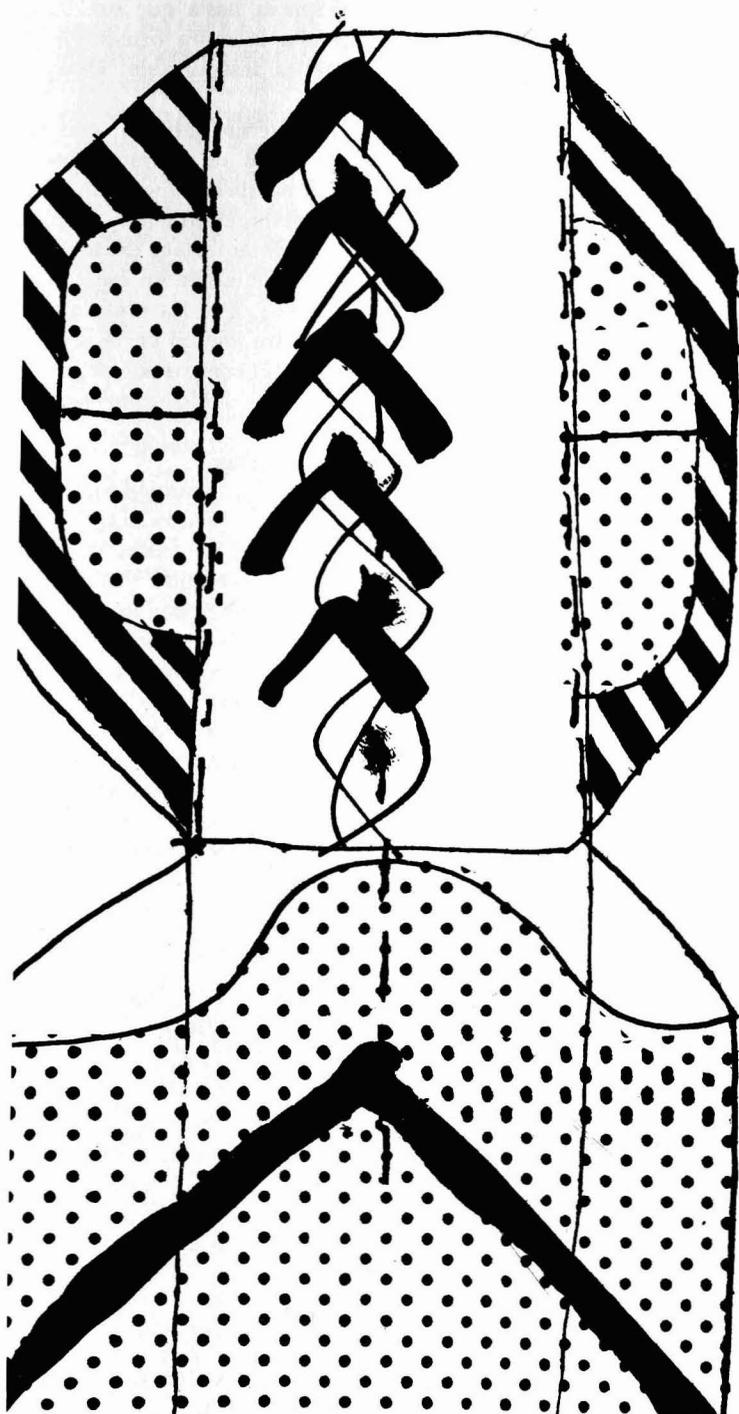
Se levantó y esperó que la mancha llegara a mí y que me inundara. Entonces dijo:

—Conozco a una niña. Se llama Beatriz.

El nombre brilló como un relámpago y se repitió en el coro, en los arcos, en el altar mayor. Sonó como si nunca hubiera sido pronunciado, como si en ese momento Enrique acabara de inventarlo. Tal vez porque su voz era otra: la voz de Marcos, el que dicta el evangelio, no el profeta. No sé. Cuando dijo *Beatriz* no se refería a una persona viva, sino a un recuerdo.

—He dejado a Graciela. He dejado a las otras. Ando sólo entre demasiados amores. Tú no lo sabes, pero hay demasiados amores. Todas las mujeres me pertenecen y soy de todas. He elegido a Beatriz y, por eso, renuncio a las otras. La quiero. Es muy bella. Un día nos casaremos. Eres el primero en saberlo.

El resplandor avanza. Padre nuestro que estás en los cielos y que ya no me acuerdo qué sigue. Ayúdame. Tengo miedo de este lugar que es tu casa. Hoy es el aniversario de la muerte de mi madre: el primero, el segundo, el último. Todos los días



se queda muerta después de sonreír, de llorar porque mi padre tiene una amante, porque quiere que yo sea abogado y luche por una causa que ignoro. Adriana, hermana. El resplandor avanza y los ángeles se desbaratan devorando guirnaldas. Angelus, Angelus. Todo está oscuro y las velas amenazan con incendiar el recinto. Padre nuestro, creo, creo.

Salimos en silencio. Ya frente a mi casa cuando nos despedíamos, Enrique dijo en voz baja:

—Beatriz quiere conocerte. Le ha hablado de ti.

Me abrazó con una fuerza que no hubiera sospechado. Los ojos le brillaban extraordinariamente. Sonrió.

—También tengo otra cosa que decirte. El padre de Marcos necesita alguien que descifre algunos signos. El te recomendó y te han aceptado. Tendrás dinero, podrás comprar cosas, cambiarte de ese horrible lugar y vivir en un departamento, solo, agradable (La hiedra perforará, inexorablemente, la pared). Empiezas la semana próxima. El señor Villaranda te dará toda clase de detalles. No, no me preguntes ahora quién es. Límitate a esperarlo. Sabrás todo a su debido tiempo.

Lo miraba, fascinado, sin poder responder, incapaz de interrumpirlo, de decirle: ¿De qué me estás hablando? No entiendo, no comprendo una sola palabra. ¿Qué significa esto? Nos miramos, un momento —una eternidad—. Enrique tomó mi mano y me entregó un papel.

—Toma. Esto es para ti.

Se fue corriendo. Permanecí inmóvil, con el retrato de Beatriz en las manos, quemándome. Aunque era de noche, tuve la sensación de que estaba amaneciendo.

Me veo abrir la puerta, subir las escaleras, detenerme un momento para tomar aire (como si hiciera un gran esfuerzo). Veo, oigo y siento, toco el silencio, la completa inmovilidad del aire, de la noche que hay afuera. Vuelvo a tener conciencia que, a medida que avanzaba por la escalera, mayor era la claridad que me precedía. Una vez más vuelvo la cabeza y de nuevo confirmo que la noche ha quedado afuera, que el día crece mientras camino. Estoy seguro que adentro, en mi cuarto, brillará el sol.

De pronto, de una zona oscura, salieron corriendo un hombre y una mujer y, por un momento, me miraron, con miedo, como si los hubiera sorprendido cometiendo un pecado o un crimen y fuera a delatarlos, a llamar a la policía, a señalarlos, a contribuir a un encierro que los separa definitivamente. No pensé entonces que podía tratarse de la joven pareja que todas las noches se esconde en un rincón y saluda cuando paso a su lado. ¿Quiénes son, que harán? ¿Por qué tienen que esconderse en la escalera, buscar la oscuridad? Me conocen y me saludan a veces. También deben preguntarse qué hago



cuando abro la puerta y entro en la casa. Nada. Pensarán que vivo con mi familia. No saben que hoy llevo el retrato de Beatriz quemándome las manos. (Acaso huyen, me miran con temor, porque debe haberlos visto de otra manera, protegiendo el retrato. Acaso, pensé que podían robarme el retrato, delatarme a la policía). Se esconden en la oscuridad, acaso se besan, se acarician. Siempre habían manifestado confianza cuando los descubría. Pero hoy —estoy seguro— han sentido miedo.

Abrí la puerta, deslumbrado por la hermosa, radiante claridad. Hacía calor en ese pasillo estrecho por el que caminaba, de puntillas, tratando de no despertar a la señora que me alquila el cuarto. Descubrí sus grandes ojos negros mirándome desde el fondo de las tinieblas. Me detuve y la claridad se quedó conmigo. La mujer movía una mano, como si escribiera.

—Lo he estado esperando.

Como no respondí, la señora insistió con su voz ronca, desagradable:

—Lo he estado esperando. Pensé que le había sucedido algo. Como usted no tiene costumbre de llegar tarde, pensé que le había sucedido algo.

Los ojos iban de un lado a otro, rítmicamente, despacio, tan despacio que parecía que no acabarían de llegar al término de ese movimiento. La voz venía de muy lejos. Me resultó difícil comprender el sentido de sus palabras, esa súbita inquietud por mi tardanza. Beatriz estaba ya conmigo y sólo podía pensar que la tenía entre mis manos, quemándome. Creo que murmuré un “disculpe”, un “no debía usted preocuparse”, un “sí, estoy bien”, y seguí caminando, guiado por la luz fría. Los ojos y la voz se quedaron atrás; sin embargo, escuché, entre el sol visible únicamente para mí y la oscuridad, que la señora decía, lenta, tan lentamente que pensé que jamás terminaría esa frase, decía:

—Los otros se han ido. Así de repente. Dijeron “nos vamos”. Usted estará solo en el cuarto. Dijeron “Tenemos que irnos, inmediatamente”. Hicieron sus maletas y salieron. Usted se irá también pronto. Lo sé. (Hubo un silencio. Luego, siguió la voz ronca): ¿Puede usted explicarme qué sucede?

Pude ver la lucecita que desprendía su cigarro. Ella, sola en la noche con esa luz brillándole en las manos, en los labios. Abrí la puerta de mi cuarto y ella se levantó.

—Vino alguien a buscarlo, alguien vino y preguntó por usted, alguien que no conozco, alguien que se limitó a decirme que regresará mañana porque tiene un asunto importante que tratar con usted.

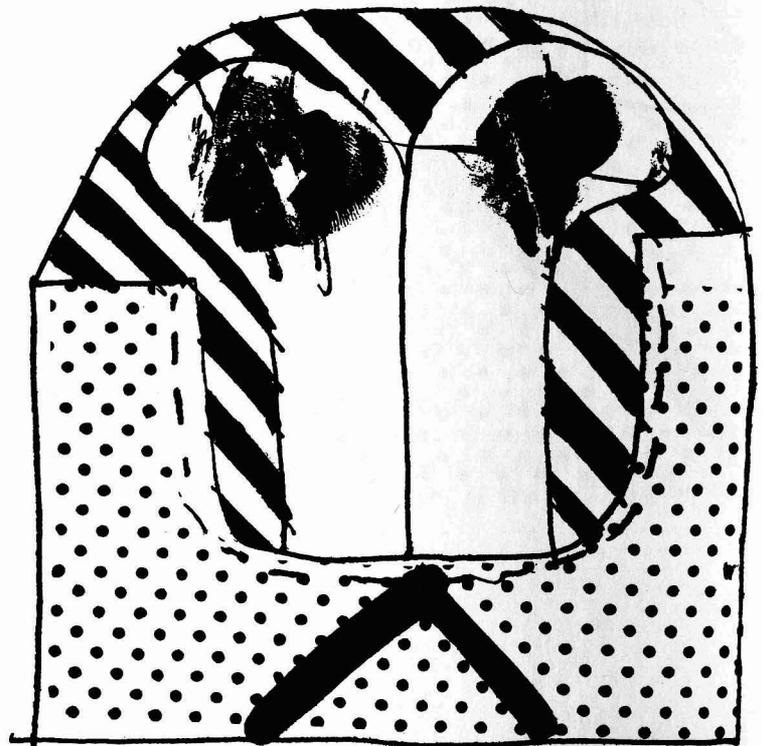
Me veo detenido, sin poder entrar en el cuarto. Me veo mirar a esa mujer que me observa con los ojos espantosamente abiertos, el cigarro temblando en sus labios. La veo cómo ade-

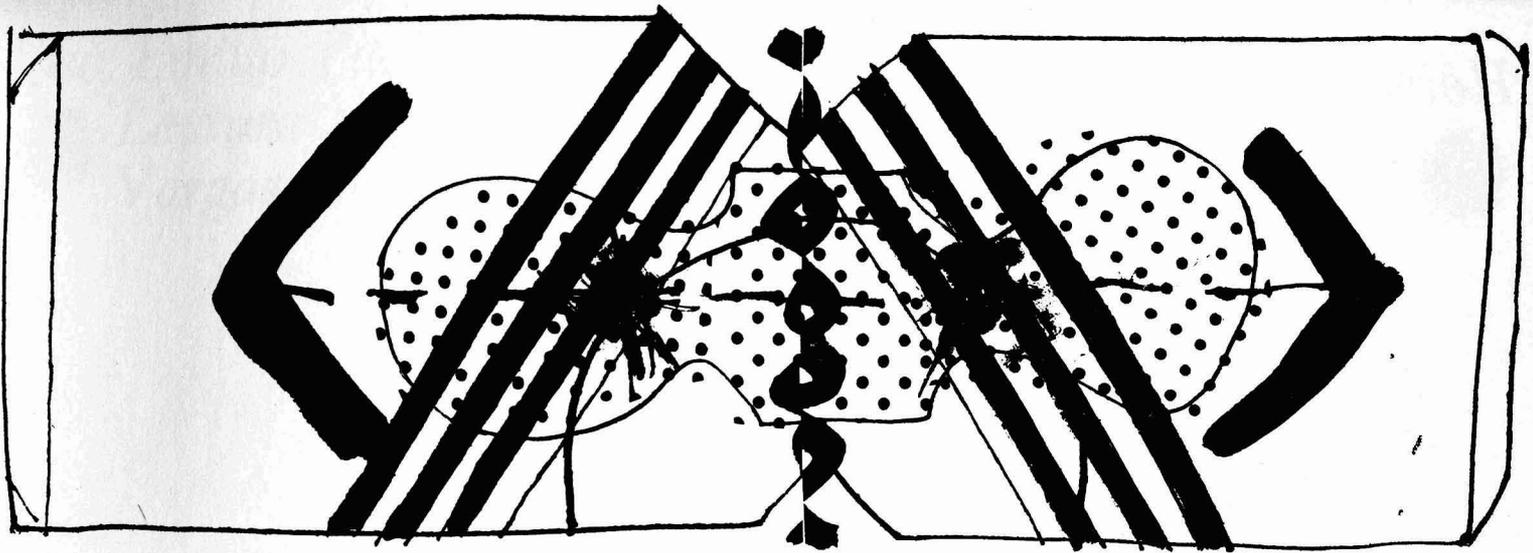
lanta una de sus manos, despacio, despacio, hasta que sus dedos alcanzan a tocar mi cara. Entonces ella la retira bruscamente, como si hubiera sentido una quemadura insoportable. Desaparece.

No sé qué sucedió después. Sólo recuerdo (ahora) que estaba acostado, las manos enlazadas detrás de la nuca, sobre la cama sin deshacer, mirando el sol nocturno que iluminaba el cuarto. Sólo recuerdo (ahora) el deslumbramiento pacífico y la incapacidad de cerrar los ojos, de levantarme, de salir de esa inmovilidad. Sólo recuerdo (ahora) que estaba en ese cuarto (y que era otro, distinto, hasta agradable), que las otras camas habían desaparecido, que no quedaba rastro alguno de la presencia de quienes durante algunos meses habían compartido conmigo esa habitación. Yo flotaba, inundado de ese lento removerse de la luz. La Presencia habló:

—Dentro de tres años morirá tu tío Esteban.

Y me vi en su entierro, en cierta forma conmovido. Unos hombres cargaban el negro y (seguramente) pesado ataúd. Hubo largos y repetidos discursos que alababan las (seguramente) intachables virtudes de mi tío. Luego, el Reverendo Padre bendijo el profundo agujero, descendieron el ataúd (puedo escuchar el crujir de la madera, las silenciosas maldiciones de los mozos sosteniendo aquel cajón que contenía el cuerpo gordo y la enorme verruga en la frente que había crecido, crecido, crecido hasta abarcar toda la cara). Hacía calor y toda la distinguida concurrencia sudaba, trataba de ocultar las manchas que se habían acumulado en las axilas, las gotas pegajosas que descendían por la frente, las mejillas. Vamos, que se calle. Queremos irnos. Eso dicen todos, en secreto, mientras se secan los





ojos. Mi tío tendrá un aspecto de satisfacción, como advirtiéndome a los que pronto morirían: "Siguen mi ejemplo, no tengo nada que reprocharme. La honorabilidad ha sido mi signo. Descanso con el corazón tranquilo, silencioso, ausente de inquietudes. Puedo decir que he cumplido con mi deber." Mis hermanos escucharán esas palabras sin sentir remordimientos y los otros, los que acompañarán a tío Esteban a su entierro, serán víctimas de un leve temblor. Veo el ataúd descendiendo. Y ahí se queda el tío Esteban, enterrado con su barómetro, sus pies hinchados, la verruga, conjugando el verbo *avoir* y tratando de recordar el nombre de aquella obra de teatro que vio en la ciudad de México en 1926, año del Señor en que estaba de moda cierta cantina a la que asistían los que entonces estudiaban para ser útiles a la sociedad. Su tumba será colocada al lado de la de mi madre, blanca, con un angelito presidiendo su nombre terrible, como si se tratara de una virgen.

Y la Presencia habló:

—Vengo de parte de Marcos. El señor Villaranda te envía este cuaderno para que descifres signos y símbolos, para que traduzcas palabras extranjeras. Saldrás de aquí.

Contemplé el derrumbe de unos árboles y su desaparición en una tierra acuosa, negra, sin fondo.

Y por tercera vez la Presencia habló:

—Se está acabando la luz. Aprovecha los últimos rayos.

Manos infinitas me ayudan a levantarme y abro la boca, trago la luz. Sé que estoy unido a Beatriz por una llama que desciende por mi vientre, que recorre mi espalda, que llega hasta mis pies. Al fin me quedo dormido. Es preciso ya que sueñe con ella. Antes, cuando era niño, favorecía mis sueños: Hoy voy a soñar que soy un príncipe que rompe el encantamiento a que me ha sometido el objeto de mi amor, que camino por selvas impenetrables, combatiendo contra toda clase de adversidades (plantas carnívoras, animales salvajes, ejércitos de gigantes que tratan de impedir mi llegada al estanque en que la princesa encantada duerme sin otro sueño que el de su mismo encantamiento). Y soñaba lo que me había propuesto. Y otras veces, las más, no en determinada situación que tuviera como tiempo el mediodía sino la noche. Adriana y yo éramos sombras, las sombras de sombras, inexistentes. Le decía a Adriana: "¿Por qué hablas de irte?" Y ella contestaba, sonriendo, iluminada por la luna: "nunca he estado presente. Nunca he estado". Las noches de Veracruz, se fundan en la conjunción del viento y el agua. La voz amenazante del huracán se aplaca con la furia del agua que responde así a quien pretende arrebatarse su poder. La noche sólo es perfecta cuando viento y agua se reconcilian. Adriana y yo nos bañábamos en ese mar intranquilo pero luego regresábamos a la orilla de tibias alber-

cas, de estanques mohosos. Ahora, en la Catedral, cuando Enrique pronunció por primera vez el nombre de Beatriz —Sanctus, Sanctus, Sanctus, alababa el coro de músicos invisibles— se terminaron para mí todos los sueños; sólo está Beatriz. Al fin me quedo dormido, sin extrañar las conversaciones, los ruidos, los sobresaltos de los que compartieron conmigo esta habitación y que de pronto, sin decir nada, se fueron, sin dejar huella alguna de su estancia, como si nunca hubieran estado aquí. No los recuerdo. Tampoco recuerdo la escena con la señora, las palabras que pronunció, la quemadura que le produjo en la mano cuando tocó mi cara.

Ya es de día, adentro y afuera. Me levanto y voy al baño. El agua está fresca. El cuaderno que dejó el señor Villaranda se encuentra sobre mi pequeño escritorio. Lo toco, temeroso de abrirlo. Está lleno de fórmulas químicas, de ideogramas chinos, de palabras escritas en idiomas extranjeros. Se inicia con esta frase: "Ninguna noticia tenemos acerca del origen de Joseph Knecht." Dudo de haberla leído o escuchado antes pero me pregunto si, acaso, no fue dicha por alguien que se hallaba, anoche, invisible, a mi lado. Creo haberla soñado. Luego siguen unos versos cuyo sentido ignoro: *C'était pendant l'horreur d'une profonde nuit*. En desorden, continúan unas fórmulas. Una anotación escrita con un color de tinta diferente a los otros: "Mientras que la cosmología de Aristóteles se desarrollaba y perfeccionaba para llegar a las teorías de la escuela de Alejandría, un gran astrónomo posterior a Pitágoras, descubría el movimiento de rotación de la tierra y anticipada a Copérnico." "Dos yang y un yin, dos yin y un yang, dos yang y un yin." Seis, siete, ocho, nueve (de corazones: ¿espero el diez? Juego contra tercia de ases)." Estoy soñando. No me he despertado. Lo sé, estoy seguro, porque me encuentro otra vez con el agua, con el estanque mohoso en que perdí mi infancia. Ya no está Adriana. Sueño despierto. Ahora es Beatriz, la doncella elegida. El horror de la noche se va cambiando en el presentimiento del alba. Beatriz esconde su rostro entre hojas y flores. La llamo. No responde.

No quiero volver a este recuerdo. "¿Por qué te vas Adriana?" Porque nunca he estado presente. "¿Por qué no llegas Beatriz?" Porque soy de un instante. Dejo el cuaderno de notas que me envió el señor Villarranda. Todo lo que he dicho hasta ahora —menos Beatriz que representa el cielo primordial, la posibilidad de recuperar el sueño que uno desea soñar por voluntad propia— es mentira. Trato de falsear la realidad con objeto de hacerla más cierta, de llegar a saber quien es en verdad Enrique, quien es Marcos, quien soy yo y, sobre todo, quién será Beatriz. Pero aquí viene, ya llega, ya está en lo que será mi recuerdo, mi mañana.